

el ministerio católico Theux, reemplazándole Rogier, con un gabinete liberal homogéneo. Desde entonces, gracias á la correcta actitud de su rey, empezó en Bélgica una era de gobierno parlamentario, turnando en el poder católicos y liberales, como whigs y tories en Inglaterra, siendo este el principal acontecimiento en este período de la historia belga.

Reducida Holanda, por los tratados ya referidos, á las antiguas Provincias Unidas, vivió durante muchos años apartada del concierto universal: sus guerras la habían empobrecido, y su rey Guillermo I, amaestrado en la escuela absolutista, creía arreglarlo todo persiguiendo á los liberales y especialmente á la prensa. Deseoso de contraer matrimonio con una católica, dama de honor de su difunta esposa, cedió en mil ochocientos cuarenta la corona á su hijo Guillermo II, que, si bien cambió de ministros, conservó el mismo régimen de su padre, dando motivo con esto á que se formara, bajo la dirección del profesor de derecho público en Leiden, el ilustre Thorbeck, un partido liberal, á la cabeza de cuyo programa figuraba la revisión de la constitución. Las luchas que de aquí se originaron, alimentadas principalmente por el empeño del Monarca de negarse á toda rectificación de su obra, duraron hasta las jornadas de Febrero.

Embarcado en la política de Perier como ministro de su gabinete, siguió Montalivet el camino por éste trazado, y aun no siendo tal su compromiso, para rectificarle habría necesitado condiciones de talento y de carácter que no reunía. Le cupo así en suerte luchar con las mismas dificultades que Casimiro Perier habría encontrado, á vivir algunos días más, como que algunas ya se ofrecieron patentes durante su enfermedad. Sin la necesaria autoridad para afrontarlas y sin condiciones para dirigir una mayoría, Montalivet vió muy discutida su personalidad, mientras los diputados, dejándose dominar de sus pasiones, hacían imposible su gestión parlamentaria. Por estos pasos se impuso una crisis, que se resolvió el once de Octubre de mil ochocientos treinta y dos, constituyéndose un gabinete de conciliación, aunque resueltamente conservador y cortesano, al punto de declarar los nuevos ministros «que continuarían la obra de Perier, sin desdeñar la alta experiencia del Rey, su presidencia moral». Al frente del nuevo gabinete estaba el general Soult, encargado á la vez del ministerio de la Guerra; pero sus verdaderos jefes eran el duque de Broglie, ministro de Negocios Extranjeros, Thiers, que lo era de lo Interior, y Guizot, de Instrucción Pública. Montalivet aceptó el cargo de administrador de la lista civil. Sin duda por representar á la izquierda, se separó del departamento de Thiers la dirección de la guardia civil y los servicios de elecciones, obras públicas y personal de prefectos, formándose con todo ello una dirección, que se confió al conde d'Argout. Por este modo se llegó á una especie de unión de todos los elementos genuinamente orleanistas, unión que se reputó necesaria, ante los peligros que á la sazón amenazaban á la monarquía de Julio.

En cama estaba Perier de su última enfermedad cuando, en la noche del veintiocho de Abril de mil ochocientos treinta y dos, llegaba en el vapor *Carlos Alberto* á la rada de

Marsella la duquesa de Berry, acompañada de su dama de honor, la señorita Lebesche, y de doce de sus fieles. Esperaba la duquesa que su presencia sería la señal de un levantamiento del ejército y del pueblo, quedando Marsella por Enrique IV. Unos cuantos se movieron, en efecto; mas el ejército, lejos de secundarles, los prendió, acabando en esto el movimiento. Desvanecida la ilusión de una marcha triunfal, como la de Napoleón cuando abandonara la isla de Elba, la prudencia aconsejaba hacer rumbo á Barcelona, á lo que la duquesa de Berry se negó, mandando desembarcar, á favor de la obscuridad de la noche, en una ensenada no lejos de Marsella. Se adelantó hasta el pie de una colina, cubierta de pinos, resuelta á no volver al vapor, contestando á los que la aconsejaban reembarcar: «Aquí estoy y aquí me quedo; por mí se han comprometido muchos y no quiero abandonarlos»; y la hija de reyes, criada en palacios, pasó la noche acostada en el suelo, al pie de un pino, sin más compañía que el mariscal Bourmont. El gobierno había despachado barcos en busca de la duquesa, con orden de prenderla y devolverla á su familia de Italia; uno de estos barcos, el *Esfinge*, dió con el *Carlos Alberto*, en el que halló á la señorita Lebesche, y tomándola por la duquesa, la llevó á Italia. Seguro el gobierno de que la de Berry estaba á buen recaudo, se echó á dormir, mientras la duquesa, disfrazada de aldeana unas veces, otras en traje de gran señora, algunas á caballo y no pocas á pie, atravesaba el Mediodía de Francia, en dirección á Vendée, donde esperaba hallar viva aún la fe realista. Se alojó en el castillo de Plassac, de donde llamó á los vendeanos á las armas. Los que respondieron, escasos en número, fueron deshechos en los combates de Chêne y de la Penissiere. Siguióles á todas partes la de Berry, con su disfraz de pastora, siempre risueña, satisfecha y contenta de aquella vida, para ella tan extraordinaria. Exterminados los suyos, pudo ganar á Nantes y permanecer oculta, durante cinco meses, en casa de las señoritas Deguigny. Un judío, Deutz, denunció su paradero al gobierno, y éste la mandó prender y llevar á la fortaleza de Blaye, en la Gironda, hasta el día en que la creyó deshonrada y políticamente muerta, por haber dado á luz una niña y confesar su matrimonio secreto con el conde Hector Luchesi di Palli, gentil hombre del rey de las Dos Sicilias.

Esta aventura redundó en ventaja de Luis Felipe, ya por agruparse en torno suyo todos los liberales en odio á la restauración, ya por permitirle afirmar su influencia en Italia. El rey de Nápoles, obligado por su parentesco á solicitar gracia para la madre de Enrique V, le extremó sus manifestaciones de amistad; el del Piamonte, Carlos Alberto, que había tenido noticia de la salida del vapor, le dió satisfacción cumplida, y el Papa reanudó sus cordiales relaciones con el rey cristianísimo, por haber retirado éste las tropas de Ancona. Fué este momento el del apogeo del influjo orleanista en Italia.

Algo más que la duquesa de Berry, dieron que hacer á Luis Felipe los republicanos. El cinco de Junio, día en que tuvo fin la algarada vendeana, verificóse en París la trasla

ción del cadáver del general Lamarque, muerto del cólera, de su domicilio, en la calle Royal, al puente de Austerlitz, de donde sería llevado en una silla de posta al departamento de los Landes, su país natal. Soldado del Imperio, proscrito en mil ochocientos quince por haber reprimido la insurrección vendeana, vuelto á su patria en mil ochocientos diez y ocho, diputado más tarde, elocuente y siempre radical, Lamarque había acogido con entusiasmo la revolución de Julio, y luego, disgustado de la política de la nueva monarquía, habíase vuelto á las filas de la oposición. A sus funerales asistió inmensa muchedumbre, los obreros republicanos, los condecorados con la medalla de Julio, los emigrados polacos, españoles, italianos y alemanes, los estudiantes de las facultades y los alumnos de la Escuela Politécnica. La insurrección estalló en el acto de despedir el cadáver en el puente de Austerlitz, y en un cerrar de ojos, aparecieron erizados de barricadas los barrios de San Antonio, San Martín, el Temple, San Dionisio y la plaza de la Bastilla. El combate duró sin tregua hasta las cuatro de la tarde del día siguiente, batiéndose los republicanos con singular arrojo. En la calle de San Menandro, un grupo, capitaneado por una tal Juana, condecorada de Julio, se defendió con sin igual heroísmo. Luis Felipe, seguido de sus hijos y de un lucido Estado Mayor, recorrió los sitios de la refriega cuando aún no se había disipado el humo de la pólvora. Se puso á París en estado de sitio, pero como el Tribunal de casación declarase ilegal una sentencia de muerte dictada por el Consejo de Guerra, el estado de sitio fué levantado. De los insurrectos, no más que seis fueron condenados, siendo la pena más grave la de deportación, impuesta á Juana.

Nacida esta insurrección de las asociaciones secretas, el gobierno Thiers-Guizot presentó, en Febrero de mil ochocientos treinta y cuatro, un proyecto de ley declarando que toda sociedad, cualquiera que fuese su naturaleza y el número de sus individuos, debería someter sus estatutos á la aprobación del gobierno, bajo pena de ser entregados á los tribunales correccionales, no sólo los directores, mas también los simples asociados. La discusión del proyecto originó escenas violentas. Thiers lo declaró arbitrario, pero indispensable. Se votó el veinticinco de Marzo de mil ochocientos treinta y cuatro, y al punto estallaron las llamadas insurrecciones de Abril, que inició Lyon. Habíase formado en esta ciudad una asociación de mutualistas, que á principios de Febrero se declararon en huelga por haberles bajado el salario algunos fabricantes. El proceso que se les formó por delito de coacción fué la señal del levantamiento, que se propagó á Saint-Etienne, Grenoble, Marsella, Perpiñán, Auxerre, Chalons-sur Saone, Epinal, Poitiers, Clermont-Ferrand y París, y duró del nueve al trece de Abril: un espantoso degüello señaló en París el fin de la sublevación. El gobierno entregó á los prisioneros de todas estas insurrecciones ante la Cámara de los pares, erigida en Alto Tribunal de justicia para penar los atentados contra la seguridad del Estado. Se llamó á este proceso monstruo el «proceso» de los «acusados de Abril», que fueron ciento sesenta y cuatro, y dos mil los detenidos.

Su tramitación duró cerca de un año, del cinco de Marzo de mil ochocientos treinta y cinco al veintitrés de Enero de mil ochocientos treinta y seis; se oyó á unos cuatro mil testigos, y se examinaron hasta diez y siete mil piezas. Promoviéronse varios escándalos, uno de ellos, por haber decidido el tribunal no admitir de defensor á quien no fuese abogado, y pronunciáronse muchas condenas, que fueron anuladas por la amnistía otorgada con ocasión del matrimonio del duque de Orleans, el ocho de Mayo del mil ochocientos treinta y seis.

Inútiles los complots y las conspiraciones republicanas, surgieron en el ánimo de algunos extraviados ó malévolos las torpes máximas jesuíticas de que «el fin justifica los medios» y que «matar al tirano es justo y acepto Dios»; y pasando de la idea á la acción, registrarónse, de mil ochocientos treinta y cinco á mil ochocientos cuarenta y seis, treinta y seis atentados contra la vida de Luis Felipe, cuyo más brutal fué el de la máquina infernal, cometido por Fieschi el veintiocho de Julio de mil ochocientos treinta y cinco, aniversario de las jornadas de Julio. Pasaba revista el Rey, seguido de brillante y numerosa escolta, al ejército y á la guardia nacional, y al llegar á la altura del jardín del Turco, atronó el espacio un como nutrido fuego de fusilería, cayendo en torno de Luis Felipe, que salió ileso, hasta cuarenta personas, muertas ó heridas. El monarca, que acabó la revista con serenidad heroica, fué objeto de una ovación delirante, frénética. Fieschi y sus cómplices expiaron su espantoso crimen en el cadalso.

Consecuencia de este atentado fueron «las leyes de Septiembre», relativas á los tribunales de segunda instancia, el jurado y la prensa. La primera de estas leyes confería al ministro de Justicia la facultad de crear tantos tribunales como estimase necesario, para juzgar á los individuos culpables de atentados contra la seguridad del Estado, y á los tribunales, la de juzgar á los acusados sin oírles, caso de tumulto ó de no comparecer. Acerca del jurado, se establecía el voto secreto y se reducía de ocho á siete el número de los necesarios para proclamar la culpabilidad. La ley sobre la prensa penaba con prisión y multa, de diez mil á cincuenta mil francos, las ofensas á la persona del rey y los ataques al principio de gobierno; prohibía mezclar el nombre y la autoridad del rey en la discusión de los actos del gobierno, declararse públicamente republicano ó partidario de discutir los principios de la propiedad, la familia ó la soberanía, publicar los nombres de los jurados y los procesos de difamación y abrir suscripciones para atender al pago de las multas políticas; por último, restablecía la censura y la autorización previa para los dibujos, emblemas, grabados, caricaturas y obras teatrales. Las primeras víctimas de estas leyes, cuyo blanco eran la prensa legitimista y la republicana, fueron *Cuotidiano*, *El Charivari* y *El Reformador*. Tres meses de cárcel y seis mil francos de multa costó al gerente de «El Reformador» el haber recordado la frase de Lafayette á la Constituyente: «Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es el más santo

de los deberes.» Por disponer de grandes capitales, la prensa legitimista pudo resistir; de la republicana, desaparecieron «La Tribuna» y «El Reformador». Cuando comenzaban á sentirse los efectos de estas leyes, el veinte de Mayo de mil ochocientos treinta y seis, falleció el gran patriota, el digno, el pundonoroso marqués de Lafayette, á los setenta y seis años de edad, consagrados por entero al triunfo de la democracia.

A las sublevaciones de los republicanos siguieron las tentativas de los bonapartistas. Al morir el Duque de Reichstadt, Luis Napoleón tomó en serio el papel de candidato al trono imperial. Desde el cantón suizo de Thurgovia, donde residía, pareciéndole, en vista de los motines, que la monarquía de Julio no estaba afirmada, se puso en relación con unos cuantos amigos, jóvenes como él; publicó un proyecto de constitución, y preparó un golpe sobre Strasburgo, que tuvo no poco de cómico. En la mañana del treinta de Octubre de mil ochocientos treinta y seis, el coronel Vasedrey sublevó en dicha plaza dos regimientos de artillería al grito de ¡Viva el Emperador!; al punto se presentó Napoleón con el uniforme tradicional, incluso el famoso sombrero del Capitán del siglo, acompañado de una especie de Estado Mayor; se leyó una larga proclama redactada al efecto, y acabada la lectura, todos fueron presos por las tropas de línea, que se mantuvieron fieles. Conducido á París, Napoleón fué perdonado, á condición de salir para América y no volver hasta que se le levantase aquella especie de destierro. No cumplió su promesa. Cuatro años después, el seis de Agosto de mil ochocientos cuarenta, desembarcaba en Vimeux, con el propósito de sublevar la guarnición de Boulogne. Su fracaso fué mayor aún que en Strasburgo. Detenido y entregado á la Cámara de los pares, fué condenado á prisión perpetua y llevado al castillo de Ham, de donde logró escaparse el veinticinco de Mayo de mil ochocientos cuarenta y seis. Estas tentativas no llegaron á interesar á la opinión.

Cabalmente, Luis Felipe había cosechado aplausos de los bonapartistas, por haber ordenado, en mil ochocientos treinta y tres, reponer sobre la columna Vendôme la estatua de Napoleón, haber terminado el arco de la Estrella y haber hecho traer de Santa Elena los restos del Gran Capitán, que su propio hijo, el príncipe de Joinville, fué á buscar en una escuadrilla. El quince de Diciembre de mil ochocientos cuarenta, volvía á entrar el Emperador en París, entre las lágrimas y aclamaciones de inmensa muchedumbre. Rodeado de toda su familia, Luis Felipe recibió las cenizas «en nombre de Francia», en los Inválidos, y su vuelta á las Tullerías fué una interrumpida ovación, sin que nadie se acordara del sobrino de Napoleón el Grande, que apenas si llegaba á la talla de un aventurero.

La coalición, que había producido el gabinete de once de Octubre de mil ochocientos treinta y dos, continuó hasta el veintidós de Febrero de mil ochocientos treinta y seis, representada por varios ministerios, alguno tan breve que fué llamado «de los tres días.»

Sus prohombres, Broglie, Guizot y Thiers, se separaron. El duque de Broglie, bastante autoritario y muy independiente, no era del agrado de Luis Felipe, que de cada día tendía más al gobierno personal. Thiers y Guizot, autoritarios casi por igual, concebían de manera distinta el régimen constitucional, siendo el primero partidario decidido de la fórmula «el rey reina y no gobierna», al paso que el segundo estaba dispuesto á satisfacer en este punto los deseos del monarca. Estas rivalidades trascendieron á la Cámara, cuya mayoría se dividió en *centro derecho*, con Guizot y los doctrinarios; *centro izquierdo*, con Thiers, y el *tercer partido*, poco numeroso, dirigido por Dupin. La minoría se componía de la *izquierda dinástica*, casi republicana, capitaneada por Odilon Barrot, y la *derecha legitimista*, que tenía por orador á Berryer. Estas divisiones y la política personal del Rey provocaron numerosas crisis ministeriales, desde el veintiséis de Febrero de mil ochocientos treinta y seis, fecha de la formación del primer ministerio Thiers, hasta mil ochocientos cuarenta, en que se constituyó el ministerio Guizot, que había de durar siete años. Liberal fogoso, fundador, con Carrel y Mignet, de «El Nacional» en mil ochocientos treinta, autor de la protesta de la prensa contra las ordenanzas, Thiers fué templando su liberalismo desde que entró en el ministerio, al extremo de habersele visto á caballo al lado del general Bougeaud, en la sublevación de Abril, y de haber redactado las leyes de Septiembre. Poseía inteligencia viva y clara, gran resistencia en el trabajo, rara facultad de asimilación, habilidad consumada y, por encima de todo, la pasión del poder. Su primer ministerio duró poco: dimitió el veinticinco de Agosto del mismo año, por haberse opuesto el Rey á enviar un ejército á España, en auxilio de los liberales.

El llamamiento del conde de Molé, el seis de Septiembre, puso claramente de relieve la tendencia de Luis Felipe al gobierno personal; porque no se trataba ya de un gabinete que reconociera la «presidencia moral del monarca», sino de un político de escasa talla, sin partido en las Cámaras y cuyos títulos consistían en su ductilidad y en el afecto personal que el rey y el duque de Orleans le profesaban. Derrotado en varios proyectos de ley, Molé dimitió en Abril de mil ochocientos treinta y siete, y con asombro de todos, Luis Felipe le ratificó los poderes para formar nuevo ministerio, entregándole, al propio tiempo, el decreto de disolución. Ya no se gobernaba por las Cámaras, sino con el concurso de las Cámaras. No obstante la presión que ejerció el gobierno en las nuevas elecciones, sólo consiguió sacar unos cuantos votos de mayoría. Tenía enfrente á la izquierda dinástica, al centro izquierdo y al centro derecho, cuyos jefes, Odilon Barrot, Thiers y Guizot, se unieron formando la coalición contra «el ministerio de la corte», al que dió la batalla en Enero de mil ochocientos treinta y nueve, con motivo de la contestación al discurso de la corona. La discusión duró doce días, y se pronunciaron veintiocho discursos. En la votación, Molé sólo obtuvo trece votos de mayoría, lo que le decidió á dimitir segunda vez. De nuevo le llamó Luis Felipe, y de nuevo disolvió el Parlamento. Esta vez, el resultado de las elecciones